

Discurso de graduación MDU-MHM 2024 — Representante de estudiantes Cristóbal Ortiz Vilches

Buenas tardes a todos y todas las presentes, autoridades, profesores, funcionarios, familias y graduados. Quisiera iniciar este discurso haciéndoles una invitación. Una **invitación a que nos situemos en este lugar**, en esta sala y en este particular campus. Y que aquí se imaginen cómo fue nuestra cotidianeidad mientras estudiábamos. Un día entramos por primera vez a esta casona colonial con una gran expectativa; aquí reflexionamos sobre su patrimonio, nos maravillamos con su patio interno, miramos el cerro y conocimos nuevas personas que se transformaron en colegas y amistades. Aquí forjamos grandes recuerdos y aprendizajes, compartimos perspectivas y discutimos cómo el entorno influye en nuestras vidas; así también, cómo, mediante nuestro desarrollo, afectamos nosotros al entorno. Aquí muchos elaboramos nuestro primer proyecto de investigación, y otros nuestro primer plan maestro para el desarrollo de los territorios.

Hablando de planes maestros, **cómo olvidar** nuestro querido y a veces odiado Taller Integrado de Planificación, un curso donde cada viernes a las 08:00 am, teníamos que presentar un avance grupal. El sacrificio valió la pena: a lo largo del curso no solo adquirimos herramientas prácticas vigorosas, sino que pudimos apreciar en terreno la hermosa cuenca del Llanquihue y, allí proyectar —a la manera de ensayo— una mejor vida para sus habitantes. Tampoco podemos olvidar nuestro curso de Tesis, que también era los días viernes, pero en la tarde, de donde salíamos casualmente a las 06:00 pm. Y a las seis de la tarde seguíamos hablando de la tesis, de lo urbano y del territorio; pero entre Schops y música en nuestro querido bar-restaurant You You, que a lo largo de generaciones se ha apodado con cariño “Los Chinos”. Ahora ustedes se preguntarán ¿de dónde viene todo esto? ¿por qué iniciar esta pequeña gran aventura?, ¿por qué ese ímpetu y ese sacrificio para hacer un magíster?.

Cuando entramos a este campus por primera vez, ya teníamos una decisión tomada o, al menos, una idea concreta. **La decisión de seguir nuestros estudios en ningún caso fue fácil.** Implicaba sacrificar varias cosas y tomar grandes riesgos. Quienes estamos aquí presentes, hoy graduados y festejando, sentimos incertidumbre e inseguridad en muchas ocasiones y de muchas maneras diferentes. Primero, ¿cómo voy a financiar este programa?, hacer un posgrado es claramente un privilegio. Luego ¿cómo me mantengo? si tengo que compatibilizar trabajo, familia, vida social y hay tantos fantasmas mentales que nos acechan. Por estas salas y pasillos transitaban variados estudiantes, pero todos con una mochila a cuestas; pesada carga que hoy, en alguna medida, aliviamos cerrando este ciclo.

Quisiera destacar una gran particularidad de este intenso ciclo de poco más de dos años; y es que quienes participamos de él nos orientamos en función de una premisa: **el espacio importa.** El espacio, los territorios, nuestras regiones, la ciudad, el barrio e inclusive este pequeño campus no son sólo el escenario en donde transcurren nuestras vidas, son esencialmente el símbolo fundamental de lo que somos y de lo que añoramos. Símbolo que conduce nuestras vidas a través de grandes desigualdades y barreras que nos dividen, pero símbolo también de disputas y luchas que damos día a día para promover transformaciones sociales justas. Para promover, aunque cueste, la equidad urbana, el fortalecimiento de nuestras regiones, la justicia territorial, el cuidado del medioambiente, el bienestar en nuestros barrios, el desarrollo de viviendas dignas y, en resumidas cuentas, promover el derecho a construir —por medio del espacio— una vida buena.

Se que esto suena maravilloso, utópico dirían algunos, porque para lograrlo **debemos enfrentar, todas y todos los aquí presentes, grandes desafíos.** Hoy no sólo enfrentamos las mismas desigualdades y barreras, sino también a fuerzas conservadoras y reaccionarias que amenazan estos anhelos. Fuerzas avasalladoras que desean retornar a un mundo mezquino, donde el “temor” es la norma y el “otro” —hasta nuestro vecino o familiar— se convierte en un peligro. Pero no se detienen los procesos sociales, hoy más que nunca necesitamos la acción conjunta: a través de nuestro estudio y trabajo, colaborar, saber vivir juntos, tejer redes y recomponer el lazo. Aunque cueste y aun cuando nuestras diferencias parecen insalvables: reconectar, participar, crear e imaginar —juntos y juntas— las ciudades y los territorios del mañana. Muchas gracias.